

LAS CATORCE CONSOLACIONES¹

Para los cansados y agobiados.

(TESSARADECAS CONSOLATORIA PRO LABORANTIBUS ET ONERATIS)

1520

Martín Luther

NOTA PRELIMINAR

Este libro fue escrito al principio de mi carrera, para aquel excelente príncipe, Federico, Duque de Sajonia, cuando fue afectado por una enfermedad peligrosa; pero muchos deseaban que fuera impreso. Después de pasar por varias ediciones, ahora se ha corrompido y mutilado tan tristemente que muchos pasajes están perdidos, cuya forma original yo mismo he olvidado por completo. Sin embargo, he restaurado su sentido, lo mejor que pude, procurando expresar solo las opiniones que tenía cuando el trabajo fue escrito por primera vez. No quise revisarlos ahora, como bien podría hacerlo. Porque mi propósito en este libro es dar a conocer públicamente mi progreso, y también mostrar una amabilidad a los "Contradictores", para que tengan sobre qué ejercer su malicia. Para mí es suficiente si complazco a mi Señor Cristo y a sus santos; que soy odiado por el diablo y sus escuadrones, lo celebro con todo mi corazón y doy gracias a Dios.

EPÍSTOLA DEDICATORIA

Al Príncipe y Señor más Ilustre, Federico, Duque de Sajonia, Archimarshal y Elector del Sacro Imperio Romano, Landgrave de Turingia, Margrave de Meissen, su Señoría más graciosa.

Nuestro Señor y Salvador Jesús nos ha dejado un mandamiento, que concierne a todos los cristianos por igual: que debemos rendir los deberes de humanidad, o (como las Escrituras los llaman) las obras de misericordia, a aquellos que están afligidos y bajo calamidad; que debemos visitar a los enfermos, esforzarnos por liberar a los prisioneros y realizar otros actos de bondad hacia nuestro prójimo, mediante los cuales los males de este tiempo presente puedan ser aliviados en cierta medida. Y de este mandamiento, nuestro Señor Jesucristo nos ha dado el ejemplo más brillante, en que, por infinito amor hacia la raza humana, descendió del seno del Padre a nuestra miseria y celda de prisión, es decir, nuestra carne y vida tan llena de males, y asumió sobre sí la pena de nuestros pecados, para que pudiéramos ser salvos; como él dice en Isaías 43²: "Me has hecho servir con tus pecados, y me has fatigado con tus iniquidades".

Quien no sea conmovido por tan brillante ejemplo y no se sienta compelido por la autoridad del mandato divino para manifestar tales obras de misericordia, escuchará merecidamente, en el juicio final, la voz del Juez enojado diciendo: "¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno! Porque estuve enfermo y no me visitasteis; pero, siendo vilmente ingratos por las muchas bendiciones que

¹Texto obtenido del lenguaje inglés desde:

<https://www.gutenberg.org/cache/epub/31604/pg31604-images.html>

² Isaías 43:24. (Nota del traductor)

os he dado a ti y a todo el mundo, ni siquiera quisisteis mover un dedo para socorrer a vuestros hermanos, ni a Mí, Cristo, vuestro Dios y Salvador, en vuestros hermanos." [Mateo 25:41]

Puesto que, entonces, nobilísimo Príncipe, percibo que Vuestra Señoría ha sido afectada por una enfermedad peligrosa, y que Cristo así se ha enfermado en usted, he considerado mi deber visitar a Vuestra Señoría con una pequeña escritura mía. Pues no puedo pretender ser sordo a la voz de Cristo que clama por mí desde la carne y la sangre de Vuestra Señoría, "He aquí, aquí estoy enfermo". Porque tales males como la enfermedad y cosas por el estilo son soportados, no por nosotros los cristianos, sino por Cristo mismo, nuestro Señor y Salvador, en Quien vivimos. Como Él mismo testimonia claramente en el Evangelio, "Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." [Mateo 25:40] Y aunque debemos visitar y consolar a todos los afligidos por la enfermedad, sin embargo, debemos este deber especialmente a aquellos que son de la casa de la fe. Pues Pablo distingue claramente entre extraños y aquellos de la casa, o aquellos que están ligados a nosotros por lazos íntimos, en Gálatas VI. [Gálatas 6:10]

Pero tengo aún otras razones para cumplir con este deber mío. Pues considero que, como uno de los súbditos de Vuestra Señoría, necesariamente debo compartir la enfermedad de Vuestra Señoría, junto con el resto de vuestros muchos súbditos, y sufrir contigo como un miembro con la Cabeza, en la cual dependen todas nuestras fortunas, nuestra seguridad y nuestra felicidad. Pues reconocemos en Vuestra Señoría otro Naamán [2 Reyes, 5:1], por quien Dios está dando ahora liberación a Alemania, como en tiempos pasados dio liberación a Siria. Por lo tanto, todo el Imperio Romano dirige sus ojos solo a Vuestra Señoría, y os venera y recibe como el Padre de la Patria, y el brillante ornamento y protector de todo el Imperio, pero especialmente de la nación alemana en particular.

No estamos obligados solo a consolar a Vuestra Señoría tanto como esté en nosotros, y a hacer vuestro dolor presente nuestro, sino mucho más a orar a Dios por vuestra salud y seguridad; lo cual confío en que los súbditos de Vuestra Señoría están haciendo con toda diligencia y devoción. Pero en cuanto a mí, a quien las muchas y señaladas beneficencias de Vuestra Señoría me han hecho deudor por encima de todos los demás, considero mi deber expresar mi gratitud al rendiros algún servicio especial. Pero ahora, debido a mi pobreza tanto de mente como de fortuna, no es posible para mí ofrecer nada de valor; por lo tanto, recibí con gusto la sugerencia del Doctor George Spalatin, uno de los capellanes de la corte de Vuestra Señoría, de que preparara una especie de consuelo espiritual y se lo presentara a Vuestra Señoría, a quien, dijo, sería muy aceptable. Al no querer rechazar este consejo amistoso, he reunido los siguientes catorce capítulos, a modo de un tablero de altar, y los he llamado "Los Catorce". Están destinados a ocupar el lugar de los catorce santos que nuestra superstición ha inventado y llamado "Los Defensores contra todo mal". Pero este es un tablero no de plata, sino de un tipo espiritual; ni está destinado a adornar las paredes de una iglesia, sino a elevar y fortalecer un corazón piadoso. Confío en que sea de provecho para Vuestra Señoría en su estado actual. Consta de dos divisiones; la primera contiene las imágenes de siete males, en la contemplación de las cuales sus problemas actuales se harán ligeros; la segunda presenta las imágenes de siete bendiciones, reunidas con el mismo propósito.

Que Vuestra Señoría tenga la bondad de aceptar graciosamente esta pequeña obra mía, y de hacer uso de ella de tal manera que la lectura diligente y la contemplación de estas "imágenes" puedan brindar algún pequeño consuelo.

De Vuestra Señoría, humilde servidor,

Martín Lutero, Doctor.

PREFACIO

El Apóstol Pablo, tratando en Romanos XV. de las consolaciones de los cristianos, escribe: "Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza." [Rom. 15:4] En estas palabras enseña claramente que nuestras consolaciones deben ser extraídas de las Sagradas Escrituras. Ahora bien, las Sagradas Escrituras administran consuelo de una manera doble, al presentar a nuestra vista bendiciones y males, muy saludablemente entrelazados; como dice el sabio Predicador: "En el día del mal acuérdate del bien, y en el día del bien del mal." [Eclesiástico 11:26] Pues el Espíritu Santo sabe que una cosa solo tiene el significado y el valor que el hombre le asigna en sus pensamientos; porque lo que considera común y de poco valor le moverá poco, ya sea para placer cuando lo obtiene, o para dolor cuando lo pierde. Por lo tanto, se esfuerza con todas sus fuerzas en alejarnos de pensar en las cosas y en ser movidos por ellas; y cuando lo ha logrado, entonces todas las cosas, sean cuales fueren, nos resultan iguales. Ahora bien, esta desviación se logra mejor mediante la Palabra, por la cual nuestros pensamientos se apartan de aquello que nos mueve en el momento presente hacia aquello que ya sea está ausente o en ese momento no nos mueve. Por lo tanto, es verdad que solo alcanzaremos este estado mental a través del consuelo de las Escrituras, que nos llaman, en el día del mal, a la contemplación de las cosas buenas, ya sea presentes o por venir, y, en el día del bien, a la contemplación de las cosas malas.

Pero para entender mejor estas dos series de imágenes o cuadros, dividámoslas en siete partes cada una. La primera serie tratará sobre los males, y consideraremos (1) el mal dentro de nosotros, (2) el mal ante nosotros, (3) el mal detrás de nosotros, (4) el mal a nuestra izquierda, (5) el mal a nuestra derecha, (6) el mal debajo de nosotros y (7) el mal encima de nosotros.

CAPÍTULO I

LA PRIMERA IMAGEN

EL MAL DENTRO DE NOSOTROS

Es absolutamente cierto y verdadero, aunque lo creamos o no, que ningún sufrimiento en la experiencia de un hombre, por más severo que sea, puede ser el mayor de los males que están dentro de él. Hay muchos más y mucho mayores males dentro de él de los que siente. Y si llegara a sentir esos males, sentiría los dolores del infierno; porque lleva un infierno dentro de sí mismo. ¿Preguntas cómo puede ser esto? El Profeta dice: "Todos los hombres son mentirosos" [Salmo 116:11] y también, "Ciertamente, el hombre es como la vanidad" [Salmo 39:6]. Pero ser mentira y vanidad es estar sin verdad y realidad; y estar sin verdad y realidad es estar sin Dios y no ser nada; y esto es estar en el infierno y estar condenado. Por lo tanto, cuando Dios en Su misericordia nos castiga, nos revela y nos impone solo los males más ligeros; porque si nos llevara al pleno conocimiento de nuestro mal, pereceríamos de inmediato. Sin embargo, incluso esto Él ha dado a algunos a probar, y de ellos está escrito: "El Señor hace morir y hace vivir" [1 Samuel 2:6]. Por lo tanto, dicen bien los que llaman a nuestros sufrimientos corporales los monitores del mal dentro. Y el Apóstol, en Hebreos XII, los llama correcciones paternas de Dios, cuando dice: "Porque el Señor al que ama, disciplina" [Hebreos 12:6]. Y Él hace esto, para así, con esos azotes y males menores, expulsar esos grandes males, para que nunca necesitemos sentirlos; como está escrito: "La necedad está ligada en el corazón del muchacho; Mas la vara de la corrección la alejará de él" [Proverbios 33:15]. ¿No se afligen más los padres amorosos por sus hijos cuando resultan ser

ladrones y malhechores que cuando reciben una herida? No, ellos mismos los golpean hasta que fluye la sangre, para evitar que se conviertan en malhechores.

¿Qué es entonces lo que nos impide sentir este nuestro verdadero mal? Es, como he dicho, tan ordenado por Dios, que no perezcamos al ver los males ocultos en lo más profundo de nuestros corazones. Porque Dios los mantiene ocultos, y quiere que los reconozcamos solo por la fe, cuando nos los señala a través del mal que sentimos. Por lo tanto, "En el día del mal acuérdate del bien" [Eclesiástico 11:26]. ¡Mira qué gran bien es no conocer todo nuestro mal! Recuerda este bien, y el mal que sientes te oprimirá menos cruelmente. Nuevamente, "En el día del bien acuérdate del mal." Es decir, mientras no sientas tu verdadero mal, agradece por este respiro; entonces el mal que sientes se sentará ligeramente sobre ti. Es evidente, entonces, que en esta vida la libertad de un hombre de dolor siempre es mayor que su dolor. No es que todo su mal no esté presente con él, pero no piensa en él y no es movido por él, a través de la bondad de Dios, que lo mantiene oculto.

¡Cuán furiosamente rabian aquellos hombres contra sí mismos, a quienes se les ha revelado su verdadero mal! ¡Cómo consideran como nada los sufrimientos que la vida les pueda traer, con tal de que no sientan el infierno dentro! Así haría cualquier persona que sintiera o creyera verdaderamente en el mal dentro de él. Gustosamente atraería todos los males externos sobre su cabeza, y los contaría como juegos de niños; más bien, nunca estaría más afligido que cuando no tuviera males que soportar, al igual que ciertos santos, como David en el Salmo VI. [Salmo 6].

Por lo tanto, esta es nuestra primera imagen de consolación, que un hombre debería decirse a sí mismo: "Todavía no, oh hombre, sientes tu mal. ¡Alégrate y da gracias por no necesitar sentirlo!" Y así el mal menor se vuelve ligero en comparación con el mayor mal. Eso es lo que otros quieren decir cuando dicen: "He merecido cosas mucho peores, sí, el infierno mismo", algo fácil de decir, pero horrible de contemplar.

Y este mal, aunque esté tan profundamente oculto, sin embargo da frutos que son bastante perceptibles. Estos son el temor y la incertidumbre de una conciencia temblorosa, cuando la fe es atacada, y un hombre no está seguro, o duda, si tiene un Dios misericordioso. Y este fruto es amargo en proporción a la debilidad de su fe. No obstante, cuando se considera correctamente, esta debilidad sola, siendo espiritual, supera con creces toda debilidad del cuerpo, y la hace, en comparación, ligera como una pluma.

Además, a los males dentro de nosotros les pertenecen todas esas experiencias trágicas descritas por el Predicador, cuando se refiere una y otra vez a la "vanidad y aflicción de espíritu" [Eclesiástico 1:2, 14]. ¡Cuántos de nuestros planes quedan en nada! ¡Con cuánta frecuencia se ven defraudadas nuestras esperanzas! ¡Cuántas cosas que no son de nuestro agrado debemos ver y soportar! ¡Y las mismas cosas que suceden según nuestro deseo suceden también en contra de nuestro deseo! De modo que no hay nada perfecto y completo. Finalmente, todas estas cosas son mucho mayores, cuanto más alto se asciende en rango y posición; pues tal persona será necesariamente zarandeada por olas, inundaciones y tempestades mucho más grandes y numerosas que otros que trabajan en un caso similar. Como se dice verdaderamente en el Salmo CIII, "En el mar hay seres vivientes, Grandes y pequeños animales" [Salmo 104:25], es decir, un número infinito de pruebas. Y Job, por esta razón, llama a la vida del hombre una "prueba" [Job 7:17].

Estos males, en efecto, no dejan de ser males porque se sientan menos agudamente por nosotros; pero nos hemos acostumbrado a ellos al tenerlos constantemente con nosotros, y a través de la bondad de Dios, nuestros pensamientos y sentimientos acerca de ellos se han embotado. Por eso nos conmueven más profundamente cuando los sentimos de vez en cuando, ya que no hemos aprendido a despreciarlos mediante la familiaridad. Así que es verdad que sentimos apenas una milésima parte de nuestros males, y también que los estimamos y sentimos o no los sentimos, no como son en sí mismos, sino solo como existen en nuestros pensamientos y sentimientos.

CAPÍTULO II

LA SEGUNDA IMAGEN

EL MAL FUTURO, O EL MAL ANTE NOSOTROS

Tenderá en gran medida a aliviar cualquier mal presente si un hombre dirige su mente a los males por venir. Estos son tan numerosos, tan diversos y tan grandes, que de ellos ha surgido una de las emociones más fuertes del alma; es decir, el miedo. Porque algunos han definido el miedo como la emoción causada por un mal venidero. Tal como dice el Apóstol en Romanos XI, "No seas altivo, sino teme" [Romanos 11:30]. Este mal es aún mayor debido a nuestra incertidumbre sobre la forma y la fuerza con la que pueda venir; de modo que hay un dicho popular que dice: "Ninguna edad está a salvo de la comezón", aunque esta sea solo una enfermedad infantil. De la misma manera, ningún hombre está a salvo de los males que le ocurrieron a cualquier otro; porque lo que uno ha sufrido, otro también puede sufrirlo. Aquí pertenecen todas las trágicas historias de las edades y todas las lamentaciones del mundo. Aquí pertenecen las más de trescientas enfermedades, que algunos han observado, con las que el cuerpo humano puede ser atormentado. Y si hay tantas enfermedades, cuánto mayor será el número de otras desgracias que pueden acontecer a nuestras posesiones, a nuestros amigos, e incluso a nuestra mente misma, ese blanco de todos los males, y lugar de cita del dolor y de todo mal.

Y estos males aumentan en poder e intensidad a medida que un hombre asciende a un rango y dignidad más altos; en este estado él debe temer cada momento la llegada de la pobreza, la desgracia y todas las indignidades, las cuales pueden de hecho alcanzarlo rápidamente, ya que todas penden de un hilo delgado, no muy diferente de la espada que el tirano Dionisio suspendió sobre la cabeza del invitado en su mesa.

Y si ninguno de estos males nos acontece, deberíamos considerarlo como una ganancia nuestra, y no como un pequeño consuelo en el mal que nos acontece; de modo que deberíamos sentirnos obligados a decir con Jeremías, "Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos" [Lamentaciones 3:22-23]. Porque cuando ninguno de ellos nos acontece, es porque han sido mantenidos alejados de nosotros por la diestra del Altísimo que nos rodea con un poder tan grande (como vemos en Job) que Satanás y todos los males no pueden hacer otra cosa que rechinar los dientes en una rabia impotente. De esto vemos cuánto deberíamos amar dulcemente a nuestro Señor, cada vez que algún mal nos sobreviene. Porque nuestro Padre más amoroso, por ese único mal, quiere que veamos cuántos males nos amenazan y caerían sobre nosotros, si Él mismo no se interpusiera en el camino, como si dijera: "Satanás y la hueste de males han deseado tenerte, para zarandearte como a trigo; pero he señalado los límites al mar, y he dicho: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá", como dice en Job 38:11.

Y, aunque tal vez, si Dios quiere, nada de estas cosas te ocurra; sin embargo, aquello que es conocido como el mayor de los terrores, la muerte, está seguro de llegar, y nada es menos cierto que la hora de su llegada. Verdaderamente, este es un mal tan grande que hay muchos que preferirían vivir en medio de todos los males antes mencionados que morir una vez y verlos terminados. Con esta única cosa las Escrituras, que desprecian todas las demás, asocian el miedo, diciendo, "Acuérdate de tu fin, y no pecarás jamás" [Eclesiástico 7:40]. Mira cuántas meditaciones, cuántos libros, cuántas reglas y remedios se han reunido, con el fin, al traer a la mente de los hombres este único mal, de mantenerlos alejados del pecado, de hacer el mundo despreciable, de aligerar el sufrimiento, de consolar al afligido, todo por comparación con este gran y terrible, y sin embargo tan inevitable, mal de la muerte. Este mal incluso lo temían los santos, y Cristo se sometió a él con temblores y sudor de sangre. [Lucas 22:44] De manera que la Misericordia divina no ha

estado en ninguna otra parte más preocupada por consolar nuestra pequeña fe que en el asunto de este mal, como veremos más abajo.

Pero todas estas cosas son comunes a todos los hombres, así como las bendiciones de la salvación bajo estos males son comunes a todos. Sin embargo, para los cristianos hay otra razón particular para temer a los males por venir, que fácilmente supera a todos los males que se han mencionado. Es aquel que el Apóstol retrata en 1 Corintios X, cuando dice, "Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga" [1 Corintios 10:12]. Tan inestable es nuestro pie, y tan poderoso nuestro enemigo, armado con nuestra propia fuerza (es decir, las armas de nuestra carne y todos nuestros malos deseos), asistido por los innumerables ejércitos del mundo, sus deleites y placeres a la diestra, sus dificultades y las trampas de los hombres malvados a la siniestra, y, además de todo esto, dueño mismo del arte de hacernos daño, seduciéndonos y llevándonos a la destrucción por mil formas diferentes. Tal es nuestra vida que no estamos seguros ni por un momento en nuestras buenas intenciones. Cipriano, quien en su obra "De Mortalitate" trata de muchos de estos asuntos, enseña que la muerte es deseable como un medio rápido de escape de estos males. Y verdaderamente, dondequiera que haya habido hombres de gran corazón, que hayan fijado sus mentes firmemente en estos infinitos peligros del infierno, los encontramos, con desprecio por la vida y la muerte (es decir, todos los males antes mencionados), deseando morir, para que así puedan ser liberados al mismo tiempo de este mal de los pecados en los que ahora están (de los que hablamos en el capítulo anterior), y de los pecados en los que podrían caer (de los que estamos tratando ahora). Y estos son, de hecho, dos razones muy importantes por las cuales no solo deberíamos desear la muerte, sino también despreciar todos los males, sin mencionar que soportar ligeramente un solo mal; si el Señor nos concede ser movidos por ello. Porque es el don de Dios que seamos movidos por ello. Pues ¿qué cristiano verdadero no desearía incluso morir, y mucho más soportar la enfermedad, viendo que, mientras vive y está sano, está en pecado, y está constantemente inclinado a caer, sí, cae cada día, en más pecados; y así está constantemente contrariando la voluntad más amorosa de su Padre más amoroso! A tal indignación fue llevado San Pablo, en Romanos VII, cuando después de quejarse de que no hacía el bien que quería, sino el mal que no quería, [Romanos 7:19] exclamó: "¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios", [Romanos 7:24-25] responde él, "por Jesucristo nuestro Señor."

Aquel hombre ama a Dios su Padre muy poco, que no prefiere el mal de morir a este mal de pecar. Pues Dios ha designado la muerte, para que este mal llegue a su fin, y que la muerte sea el ministro de la vida y la justicia, de lo cual hablaremos más abajo.

CAPÍTULO III

LA TERCERA IMAGEN

EL MAL PASADO, O EL MAL DETRÁS DE NOSOTROS

En esta imagen, por encima de todas las demás, resplandece la dulce misericordia de Dios nuestro Padre, capaz de consolarnos en cada angustia. Pues nunca siente el hombre la mano de Dios más cerca de él que cuando recuerda los años de su vida pasada. San Agustín dice: "Si a un hombre se le ofreciera la elección entre morir o revivir su vida pasada, es seguro que elegiría morir, viendo los muchos peligros y males de los que apenas escapó". Esto es un dicho muy verdadero, si se reflexiona adecuadamente.

Aquí un hombre puede ver cuántas veces ha hecho y sufrido muchas cosas, sin ningún esfuerzo o cuidado propio, incluso en contra de su voluntad; de las cuales cosas apenas pensó antes de que sucedieran, o mientras estaban ocurriendo, que, solo después de todo, se encontró obligado a exclamar con gran sorpresa: "¿De dónde han venido todas estas cosas a mí, cuando nunca les di importancia, o cuando pensé en algo muy diferente?" Por lo tanto, el proverbio es verdadero, "El hombre propone, pero Dios dispone"; es decir, Dios cambia las cosas y hace que suceda algo muy diferente de lo que el hombre propone. Por lo tanto, solo con esta consideración, es imposible negar que nuestra vida y todas nuestras acciones están bajo la dirección, no de nuestra propia prudencia, sino del maravilloso poder, sabiduría y bondad de Dios. Aquí vemos cuántas veces Dios estuvo con nosotros cuando no lo sabíamos, y con qué verdad dijo Pedro: "Él cuida de todos nosotros".

Por lo tanto, incluso si no hubiera libros ni tratados, sin embargo, nuestra propia vida, llevada a través de tantos males y peligros, si tan solo la consideramos, nos recomienda abundantemente la bondad siempre presente y más tierna de Dios, que, mucho más allá de todo lo que planeamos o percibimos, nos llevó como si estuviera en su regazo. Como dice Moisés en Deuteronomio XXXII, "El Señor lo guardó como la niña de sus ojos, y lo llevó de aquí para allá, y lo llevó sobre sus hombros"³.

De ahí surgieron esas exhortaciones en el Salterio: "Recuerdo los días pasados; Medito en todas tus obras; Reflexiono sobre la obra de tus manos". "Seguramente recordaré tus maravillas antiguas". Nuevamente, "Recordé tus juicios antiguos, oh Señor, y me conforté a mí mismo". Estas exhortaciones y otras similares están destinadas a enseñarnos que, si Dios estaba con nosotros cuando no lo pensábamos, o cuando parecía no estar con nosotros, no deberíamos dudar de que Él siempre está con nosotros, incluso cuando parece estar lejos de nosotros. Porque Él, que en tantas necesidades nos ha sostenido sin nuestra ayuda, no nos abandonará en nuestra menor necesidad, incluso si parece estar abandonándonos. Como dice Isaías, "Por un breve momento te he abandonado; pero con grandes misericordias te recogeré".

Además, ¿quién tuvo cuidado de nosotros tantas noches, mientras dormíamos? ¿Quién cuidó de nosotros cuando estábamos trabajando, o jugando, o ocupados en todas esas innumerables cosas en las que no teníamos cuidado por nosotros mismos? De hecho, ¿cuánto tiempo de nuestra vida hay en el que tenemos cuidado de nosotros mismos? Incluso el avaro, por cuidadoso que sea para ganar riquezas, debe abandonar su cuidado en medio de todas sus adquisiciones. Y así vemos que, queramos o no, todo nuestro cuidado recae solo en Dios, y casi nunca se nos deja cuidar de nosotros mismos. Aun así, Dios de vez en cuando nos deja cuidar de nosotros mismos, para hacernos comprender Su bondad, y enseñarnos cuán grande es la diferencia entre Su cuidado y el nuestro. Por lo tanto, nos permite de vez en cuando ser atacados por alguna pequeña enfermedad u otro mal, disimulando Su cuidado por nosotros (porque nunca deja de cuidarnos), y al mismo tiempo impidiendo que los muchos males que nos amenazan por todas partes estallen todos juntos. Así nos prueba como a Sus hijos amados, para ver si no confiaremos en Su cuidado, que se extiende a lo largo de toda nuestra vida pasada, y aprender qué vana e impotente es cualquier preocupación nuestra. ¿Qué poco, en verdad, hacemos o podemos hacer por nosotros mismos, a lo largo de nuestra vida, cuando no podemos aliviar un pequeño dolor en una de nuestras extremidades, ni siquiera por un breve período de tiempo?

Entonces, ¿por qué estamos tan ansiosos en el asunto de un solo peligro o mal, y no dejamos más bien nuestra preocupación en Él? Pues toda nuestra vida da testimonio de los muchos males de los que nos ha librado, sin que hagamos nada. Saber esto, es realmente conocer las obras de Dios, meditar en Sus obras, y por el recuerdo de ellas consolarnos en nuestras adversidades. Pero

³ Deuteronomio 32:10.

aquellos que no lo saben, caen bajo esa otra palabra en el Salmo XXVII: "Porque no consideran las obras del Señor, ni las operaciones de Su mano, Él los destruirá, y no los edificará". Pues esos hombres son ingratos hacia Dios por todo Su cuidado sobre ellos durante toda su vida, quienes no lo son, por un breve momento, confían su cuidado en Él.

CAPÍTULO IV

LA CUARTA IMAGEN

EL MAL INFERIOR, O EL MAL DEBAJO DE NOSOTROS

Hasta ahora hemos visto, en todos los males que sufrimos, nada más que la bondad de Dios, que es tan grande y tan cercana que, de todos los innumerables males con los que estamos rodeados en esta vida, y en los que estamos encerrados como en una prisión, solo unos pocos se nos permiten acercarnos, y estos nunca por mucho tiempo juntos. Por lo tanto, cuando somos oprimidos por algún mal presente, solo es para recordarnos algún gran beneficio con el que Dios nos está honrando, al no permitirnos ser abrumados por la multitud de males con los que estamos rodeados. Porque ¿qué maravilla que un hombre, a quien se dirige un número infinito de golpes, sea tocado por uno de vez en cuando? Más aún, es una misericordia no ser golpeado por todos; es un milagro ser golpeado por solo unos pocos.

El primero, entonces, de los males que están debajo de nosotros es la muerte, y el otro es el infierno.

Si consideramos las muertes, tan diversas y tan terribles, con las que son castigados otros pecadores, pronto veremos cuán grande es nuestra ganancia en que sufrimos mucho menos de lo que hemos merecido. ¡Cuántos hombres son ahorcados, estrangulados, ahogados o decapitados, quienes tal vez cometieron menos pecados que nosotros! Y su muerte y miseria nos son presentadas por Cristo como en un espejo, en el que podemos ver lo que hemos merecido. Porque se dice en Lucas XIII, cuando le contaron de los galileos, cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios, que él respondió: "¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los galileos, porque padecieron tales cosas? Os digo: No; pero, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. ¿O aquellos dieciocho, sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, pensáis que eran más pecadores que todos los hombres que habitaban en Jerusalén? Os digo. No; pero, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente". Porque no debemos esperar que nosotros, que hemos cometido los mismos o incluso pecados más graves, escapemos con un castigo más leve. Ni la justicia y la verdad de Dios, que ha decretado recompensar a cada hombre según sus obras, se convertirá en injusticia y en mentira por nuestro bien, a menos que nos apresuremos a hacer satisfacción al menos soportando nuestro pequeño mal con paciencia.

Y ¿cuántos miles hay en el infierno y en la condenación eterna, que no han cometido la milésima parte de nuestros pecados? ¡Cuántas vírgenes, jóvenes y aquellos a quienes llamamos inocentes, están allí! ¡Cuántos monjes, sacerdotes y parejas casadas! Estos parecían durante toda su vida estar sirviendo a Dios, y, puede ser por un solo tropiezo, ahora están siendo castigados para siempre. Pues, no se puede negar, la justicia de Dios es la misma en el caso de cada pecado, cualquiera que sea, y odia y castiga todo pecado por igual, no importa en quién se encuentre. ¿No vemos entonces aquí la inestimable misericordia de Dios, que no nos ha condenado, aunque muchas veces hemos merecido condenación? Por favor, ¿cuáles son todos los sufrimientos que la vida puede traer, en comparación con el castigo eterno, que ellos, de hecho, justamente sufren por un solo pecado, mientras nosotros estamos libres y sin castigo por nuestros muchos pecados, que Dios

ha cubierto? Que no tomemos en cuenta estos beneficios de Dios, o que los estimemos solo ligeramente, eso es ingratitud y el endurecimiento de nuestro corazón incrédulo.

Además, debemos incluir aquí a los muchos infieles, gentiles, judíos y niños, que, si se les hubieran concedido las ventajas que disfrutamos, no estarían ahora en el infierno, sino más bien en el cielo, y que habrían pecado mucho menos que nosotros. Porque este espejo también nos lo pone Cristo delante, cuando dice en Mateo xi: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si las obras poderosas que se hicieron en vosotras, se hubiesen hecho en Tiro y Sidón, hace tiempo que se hubieran arrepentido, sentados en cilicio y ceniza. Pero os digo que será más tolerable para Tiro y Sidón en el día del juicio, que para vosotras. Y tú, Capernaúm, ¿que has sido levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubiesen hecho las obras poderosas que en ti se han hecho, habría permanecido hasta hoy. Pero os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para ti". Vemos, por lo tanto, qué alabanza y amor debemos a nuestro buen Señor, en cualquier mal de esta vida; porque es solo una pequeña gota de los males que hemos merecido, y que Job compara con el mar y con la arena junto al mar.

CAPÍTULO V

LA QUINTA IMAGEN

EL MAL A NUESTRA IZQUIERDA

Aquí debemos poner ante nuestros ojos a toda la multitud de nuestros adversarios y hombres malvados, y considerar, primero, cuántos males habrían infligido en nuestros cuerpos, nuestra propiedad, nuestro buen nombre y nuestras almas, pero no pudieron hacerlo, siendo prevenidos por la providencia de Dios. De hecho, cuanto más alto es el puesto y más amplio el dominio de uno, más expuesto está a las intrigas, calumnias, conspiraciones y estratagemas de sus enemigos. En todo esto podemos notar y sentir la mano presente de Dios, y no debemos sorprendernos si de vez en cuando somos tocados por uno de estos males.

De nuevo, consideremos los males que estos hombres mismos sufren; no para regocijarnos por ellos, sino para compadecernos de ellos. Porque ellos, también, están expuestos a todos estos mismos males, en común con nosotros; como se puede ver en los tiempos precedentes. Solo que ellos están en una peor situación que nosotros, porque están fuera de nuestra comunión, tanto en cuerpo como en alma. Porque el mal que nosotros sufrimos no es nada en comparación con su estado malvado; porque están en pecado e incredulidad, bajo la ira de Dios y bajo el dominio del diablo, miserables esclavos de la impiedad y el pecado, de modo que, si el mundo entero pudiera maldecirles, no les desearía peores cosas. Si consideramos esto correctamente, veremos cuánto más favorecidos somos por Dios, en que podemos soportar nuestro ligero mal corporal en la fe, en el reino de Cristo y en el servicio de Dios; y, de hecho, apenas podemos sentirlo, siendo tan ricos en esas altas bendiciones. Más bien, esta miseria de ellos debe afligir tanto el corazón de un cristiano piadoso que sus propios problemas parecerán deleites en comparación. Así que San Pablo exhorta en Filipenses II: "No miréis cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Tened entre vosotros el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo", etc. Es decir, por amor ferviente asumió nuestra forma, llevándose a sí mismo en medio de nuestros males como si fueran los suyos propios, y olvidándose completamente de sí mismo y de todos sus bienes, y humillándose tanto que se encontró en todas las cosas hecho

semejante a los hombres, no considerando nada humano ajeno a sí mismo, y entregándose por completo a nuestros males.

Animados con este amor y movidos por este ejemplo, los santos suelen orar por los hombres malvados, incluso por sus enemigos, y hacer todas las cosas por ellos siguiendo el ejemplo de Cristo; y olvidando sus propias lesiones y derechos, solo pensar en cómo pueden rescatarlos de sus males, con los cuales son mucho más cruelmente atormentados que con cualquier mal del cuerpo. Incluso San Pedro escribe de Lot, que "moraba entre ellos, que día a día afligía en su alma justa con obras injustas".

Ves, entonces, cuán profundo abismo de males se descubre aquí, y cuánta oportunidad hay para mostrar misericordia y compasión, así como para pasar por alto nuestros propios males insignificantes, si el amor de Dios mora en nosotros; ya que lo que Dios nos permite sufrir no es nada en comparación con lo que aquellos otros sufren. Pero la razón por la cual estas cosas nos afectan tan poco es porque el ojo de nuestro corazón no es lo suficientemente claro para ver cuán grande es la suciedad y la miseria de un hombre que yace en el pecado; es decir, separado de Dios y en posesión del diablo. Porque ¿quién hay tan duro de corazón que no se enferme al contemplar el espectáculo de esas miserables formas que yacen a nuestras puertas de iglesia y en nuestras calles, sus rostros desfigurados y todos sus miembros horriblemente consumidos por llagas purulentas, de modo que la mente se horroriza ante el pensamiento y los sentidos se alejan de la vista? ¿Y qué busca Dios, a través de estos lamentables ejemplos de nuestra carne y fraternidad, sino abrir los ojos de nuestra mente para que veamos en qué forma más terrible muestra el alma del pecador su enfermedad y decadencia, aunque él mismo vaya vestido de púrpura y oro, y viva entre lilas y rosas, como un verdadero hijo del paraíso! Sin embargo, ¿cuántos pecadores hay en comparación con una de esas criaturas miserables? Cuando estos males por parte de nuestros vecinos, tan grandes en número y grado, son despreciados por nosotros, resulta que nuestro único mal, por insignificante que sea, aparecerá como el único mal, y el más grande de todos.

Pero incluso en lo que respecta a los males corporales, los malvados están necesariamente en una peor situación que nosotros. Porque, ¿qué dulce y pura alegría puede ser la suya, mientras su conciencia no puede encontrar paz? ¿O puede haber un mal más terrible que la inquietud de una conciencia que roe? Isaías dice: "Los malvados son como el mar agitado, cuando no puede descansar, cuyas aguas arrojan lodo y suciedad. No hay paz, dice mi Dios, para los malvados". Esto también, en Deuteronomio xxviii, les aplica: "El Señor te dará un corazón tembloroso, y un ojo que falla, y dolor de alma; y tu vida colgará en duda delante de ti; y temerás de día y de noche, y no tendrás seguridad de tu vida; por la mañana dirás: ¡Ojalá fuera la tarde! y por la tarde dirás: ¡Ojalá fuera la mañana! porque el miedo de tu corazón, con el cual temerás, y por la visión de tus ojos que verás". En una palabra, si uno considerara todos los males de los malvados con el espíritu correcto, ya sean de sus amigos o sus enemigos, no solo parecería no estar sufriendo nada en absoluto, sino que también, con Moisés y el Apóstol Pablo, estaría lleno de un deseo ardiente de morir por ellos, si fuera posible, y ser borrado del libro de la vida, como está escrito en Romanos IX, para que así pudieran ser liberados. Con tal celo y ardor se encendió el corazón de Cristo cuando murió por nosotros y descendió al infierno, dejándonos un ejemplo de que también deberíamos ser tan considerados con los males de los demás, y olvidarnos de los nuestros, o más bien desear los males propios.

CAPÍTULO VI LA SEXTA IMAGEN EL MAL A NUESTRA DERECHA

A nuestra derecha están nuestros amigos, cuyos males contemplados harán que nuestros propios males parezcan ligeros, como enseña San Pedro en su primera carta, 5:9: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros." Así también ruega la Iglesia en sus oraciones, que, provocados por el ejemplo de los santos, imitemos la virtud de sus sufrimientos; y así canta:

¡Qué tormentos soportaron todos los Santos,
para ganar la palma del mártir!

De tales palabras e himnos de la Iglesia aprendemos que las fiestas de los santos, sus conmemoraciones, iglesias, altares, nombres e imágenes, son observadas y multiplicadas para que seamos movidos por su ejemplo a soportar los mismos males que ellos también sufrieron. Y a menos que esta sea la manera de nuestra observancia, es imposible que el culto a los santos esté libre de superstición. Así como hay muchos que observan todas estas cosas para escapar del mal que los santos nos enseñan que debe ser soportado, y así llegar a ser diferentes de aquellos cuyas fiestas celebran con el fin de parecerse a ellos.

Pero el mejor tratamiento de esta parte de nuestro consuelo es dado por el Apóstol, cuando dice en Hebreos 12: "Todavía no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado. Y habéis olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo hijo a quien recibe. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus, para vivir? Y aquellos ciertamente por pocos días nos disciplinaban como les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por ella han sido ejercitados." ¿Quién no debe sentirse aterrorizado por estas palabras de Pablo, en las que declara claramente que los que están sin la disciplina de Dios no son hijos de Dios! Además, ¿qué mayor fortaleza y qué mejor consuelo puede haber que escuchar que aquellos que son castigados son amados por el Señor, que son hijos de Dios, que tienen parte en la comunión de los santos, que no están solos en sus sufrimientos! Una exhortación tan poderosa debe hacer que el castigo sea algo amado.

Aquí no hay lugar para la excusa de que algunos tienen males más leves y otros más graves que soportar. Porque a cada uno se le da su tentación según su medida, y nunca más allá de su fuerza. Como está escrito en el Salmo 79⁴: "Tú nos das a comer pan en lágrimas, y nos haces beber lágrimas en gran abundancia"; y como dice Pablo, "Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar." Donde hay, por lo tanto, un mal mayor, también hay más ayuda divina y un

⁴ Corresponde al Salmo 80:5, pero en este texto Lutero utiliza el orden de capítulos de la Vulgata. (Nota del Traductor).

camino más fácil para escapar; de modo que la distribución desigual de sufrimientos parece ser mayor de lo que realmente es. ¿No avergüenza y asombra el ejemplo de San Juan Bautista, a quien conmemoramos en este día, decapitado por Herodes? — que un hombre tan grande, del cual no hubo ninguno mayor nacido de mujer, el amigo especial del Esposo, el precursor de Cristo, y más que todos los profetas, debería haber sido ejecutado, no después de un juicio público, ni por una acusación fingida (como fue con Cristo), ni por el bien del pueblo; sino en una mazmorra, y por el bien de una bailarina, hija de una adúltera! La muerte ignominiosa de este santo, y su vida tan vil y vergonzosamente entregada en manos de su enemigo jurado y adúltero, debe hacer que todos nuestros males sean ligeros. ¿Dónde estaba Dios entonces, que podía contemplar tales cosas? ¿Dónde estaba Cristo, que, al enterarse, guardó completo silencio? Perekó como si fuera desconocido para Dios, y para los hombres, y para toda criatura. En comparación con una muerte tan vergonzosa, ¿de qué sufrimientos podemos jactarnos?; ¿no, qué sufrimientos de los cuales ni siquiera debemos avergonzarnos? ¿Y dónde apareceremos, si no estamos dispuestos a soportar ningún sufrimiento, cuando tal hombre soportó una muerte tan vergonzosa y tan injusta, y su cuerpo, después de la muerte, fue entregado a los insultos de sus enemigos! "He aquí," dice Jeremías, "he aquí, los que no estaban condenados a beber del cáliz, han de beberlo de cierto, ¿y tú serás del todo impune? No serás impune, sino que ciertamente lo has de beber." Por lo tanto, ese ermitaño, que solía enfermarse cada año, hizo bien en llorar y lamentarse, cuando durante todo un año se encontró en perfecta salud, porque, decía, Dios lo había abandonado y retirado su gracia de él. Tan necesaria y tan saludable es la disciplina del Señor para todos los cristianos.

Vemos, entonces, que todos nuestros sufrimientos son como nada, cuando consideramos los clavos, mazmorras, grilletes, leñas, fieras salvajes y todos los tormentos interminables de los santos; incluso cuando reflexionamos sobre los sufrimientos de los hombres que viven ahora, que sufren en esta vida las más graves persecuciones del diablo. Porque no falta quien sufra dolores más agudos y amargos que nosotros, tanto en el alma como en el cuerpo.

Pero ahora algunos dirán: "Esta es mi queja, que mi sufrimiento no puede compararse con los sufrimientos de los santos; porque soy un pecador, y no digno de compararme con ellos. Ellos, en verdad, sufrieron por su inocencia, pero yo sufro por mis pecados. No es de extrañar, entonces, que ellos soportaran todo tan alegremente." Esa es una afirmación muy estúpida. Si sufres por tus pecados, entonces deberías alegrarte de que tus pecados estén siendo purgados. Y, además, ¿no fueron también los santos pecadores? ¿Pero temes ser como Herodes y el ladrón a la izquierda de Cristo? No lo eres, si tienes paciencia. ¿Qué fue lo que distinguió al ladrón a la izquierda del de la derecha sino la paciencia de uno y la impaciencia del otro? Si eres un pecador, muy bien; el ladrón también era un pecador; pero por su paciencia mereció la gloriosa recompensa de la justicia y la santidad. Ve, y haz tú lo mismo. Porque no puedes sufrir nada excepto por tus pecados o por tu justicia; y ambos tipos de sufrimiento santifican y salvan, si tan solo los amas. Y así no queda excusa. En resumen, tan pronto como hayas confesado que estás sufriendo por tus pecados, eres justo y santo, así como el ladrón a la derecha. Porque la confesión de pecados, porque es la verdad, justifica y santifica, y así, en el mismo momento de esta confesión, ya no estás sufriendo por tus pecados, sino por tu inocencia. Porque el hombre justo siempre sufre inocentemente. Pero tú eres hecho justo por la confesión de tus sufrimientos merecidos y de tus pecados. Y así tus sufrimientos pueden ser verdadera y dignamente comparados con los sufrimientos de los santos, así como tu confesión puede ser verdadera y dignamente comparada con la confesión de los santos. Porque uno es la verdad de todo, una la confesión de todos los pecados, uno el sufrimiento de todos los males, y una la verdadera comunión de los santos en todo y a través de todo.

CAPÍTULO VII

LA SÉPTIMA IMAGEN

EL MAL SUPRATERRENAL, O EL MAL POR ENCIMA DE NOSOTROS

Finalmente, levantemos nuestros corazones y ascendamos con la Novia a la montaña de mirra. Esto es Jesucristo el Crucificado, Cabeza de todos los santos y Príncipe de todos los que sufren; de quien muchos han escrito muchas cosas, y todas las cosas, como es adecuado. Su memoria es encomendada a la Novia, cuando se dice: "Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo". La sangre de este Cordero, marcada en el umbral, ahuyenta al ángel destructor. Por él es alabada la Novia, porque "el cabello de su cabeza es como la púrpura del rey"; es decir, su meditación arde roja con el recuerdo de la Pasión de Cristo. Este es el árbol que se mandó a Moisés arrojar a las aguas de Mara (es decir, la amargura del sufrimiento), y se volvieron dulces. No hay nada que esta Pasión no pueda endulzar, ni siquiera la muerte misma; como dice la Novia: "Sus labios son lirios, que destilan mirra fragante". ¿Qué semejanza hay entre los labios y los lirios, ya que los labios son rojos y los lirios blancos? Pero ella dice esto en un misterio, significando que las palabras de Cristo son muy hermosas y puras, y que en ellas no hay nada de amargura o engaño rojo sangre; sin embargo, en ellas Él destila mirra preciosa y escogida, es decir, la amargura de la muerte. Estos labios muy puros y dulces tienen el poder de hacer que la muerte más amarga sea dulce y hermosa y brillante y querida, la muerte que, como preciosa mirra, elimina de inmediato toda la corrupción del pecado.

¿Cómo sucede esto? Cuando, en verdad, oyes que Jesucristo, Hijo de Dios, ha, con su toque más santo, consagrado y santificado todos los sufrimientos, incluso la muerte misma, ha bendecido la maldición, glorificado la vergüenza y enriquecido la pobreza, de modo que la muerte se ha convertido en una puerta a la vida, la maldición en una fuente de bendición y la vergüenza en la madre de la gloria: ¿cómo puedes entonces ser tan duro e ingrato como para no anhelar y amar toda clase de sufrimientos, ahora que han sido tocados por la carne y la sangre más puras y santas de Cristo, y se han vuelto para ti santos, inocentes, saludables, benditos y llenos de alegría?

Pues si Cristo, con el toque de su carne más inocente, ha santificado todas las aguas para el bautismo, sí, y toda criatura además; cuánto más ha santificado Él, por el mismo contacto de su carne y sangre más inocentes, cada forma de muerte, todo sufrimiento y pérdida, toda maldición y vergüenza, para el bautismo del Espíritu o el bautismo de sangre. Incluso dice de este mismo bautismo de Su Pasión, en Lucas 12: "Tengo un bautismo con que ser bautizado; y cuán angustiado estoy hasta que se cumpla!" He aquí, cómo Él está angustiado, cómo ansía y tiene sed, para santificar el sufrimiento y la muerte, y hacer que sean cosas amadas! Porque ve cómo tememos el sufrimiento. Observa cómo temblamos y nos encogemos ante la muerte. Y así, como un pastor piadoso o un médico fiel, se apresura a poner límites a este nuestro mal, y está impaciente por morir y por su contacto para recomendarnos el sufrimiento y la muerte. Para que la muerte de un cristiano sea de ahora en adelante considerada como la serpiente de bronce de Moisés, que de hecho tiene en todas las cosas la apariencia de una serpiente, pero está completamente sin vida, sin movimiento, sin veneno, sin aguijón. Así también los justos parecen, a los ojos de los necios, morir; pero están en paz. Nosotros nos asemejamos a aquellos que mueren, ni es la apariencia exterior de nuestro morir diferente al de los demás; pero la cosa misma es diferente, porque para nosotros la muerte está muerta. De igual manera, todos nuestros sufrimientos son como los sufrimientos de otros hombres; pero es solo en la apariencia. En realidad, nuestros sufrimientos son el comienzo de nuestra liberación del sufrimiento, como nuestra muerte es el comienzo de nuestra vida. Esto es lo que Cristo dice en Juan 8: "Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte." ¿Cómo no la

verá? Porque cuando muere, empieza a vivir, y así no puede ver la muerte por la vida que ve. Porque aquí la noche brilla como el día; ya que la vida que le nace es mucho más brillante que la muerte que se aleja. Estas cosas están aseguradas para todos los que creen en Cristo, para los incrédulos no lo están.

Por lo tanto, si besas, acaricias y abrazas, como reliquias muy dulces, consagradas por su toque, el manto de Cristo, los vasos, las vasijas y todas las cosas que Él tocó y usó; ¿por qué no abrazarás, acariciarás y besarás más bien los dolores y males de este mundo, la desgracia y la muerte, que Él no solo santificó con su toque, sino que también roció y bendijo con su sangre más santa, sí, abrazó con corazón dispuesto y gran amor restrictivo? Cuanto más, ya que en estos hay para ti méritos, recompensas y bendiciones mucho mayores que en esas reliquias; porque en ellas se te ofrece la victoria sobre la muerte, y el infierno, y todos los pecados, pero en esas reliquias no hay nada en absoluto. ¡Oh, si pudiéramos ver el corazón de Cristo, cuando, colgado en la Cruz, estaba tan ansioso de matar a la muerte y mostrárnosla con desprecio! ¡Con qué gracia y ardor abrazó la muerte y el dolor por nosotros, los tímidos que nos encogemos ante ellos! ¡Con qué gusto bebe primero este cáliz por nosotros, los enfermos, para que no temamos beberlo después de Él! Porque vemos que nada malo le sucedió, sino solo bien, en su resurrección. Si pudiéramos ver esto, entonces sin duda esa preciosa mirra, goteando de los labios de Cristo, y recomendada por sus palabras, se volvería muy dulce y agradable para nosotros, incluso como la belleza y la fragancia de los lirios. Así también dice San Pedro, en 1 Pedro 4: "Por cuanto Cristo ha padecido por nosotros en la carne, armaos también vosotros del mismo pensamiento." Y San Pablo, en Hebreos 12: "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que no os canséis ni desmayéis en vuestros ánimos."

Si hemos aprendido, en las imágenes anteriores, debajo y por encima de nosotros, a soportar nuestros males con paciencia, seguramente en esta última, levantados por encima y fuera de nosotros mismos, elevados a Cristo y hechos superiores a todos los males, no solo deberíamos soportarlos, sino amarlos, desearlos y buscarlos. Para quien aún está lejos de este estado mental, la Pasión de Cristo tiene poco valor; como sucede con aquellos que usan el signo y los brazos de Cristo para apartar los males y la muerte, para que no sufran dolor ni soporten la muerte, lo cual es completamente contrario a la cruz y la muerte de Cristo. Por lo tanto, en esta imagen, cualesquiera males que tengamos que soportar deben ser engullidos y consumidos, de modo que no solo no nos causen dolor, sino que incluso nos deleiten; si de hecho esta imagen encuentra su camino en nuestro corazón y se fija en los afectos más íntimos de nuestra mente.

PARTE II

CAPÍTULO I

LA PRIMERA IMAGEN LA BENDICIÓN DENTRO DE NOSOTROS

¿Quién puede enumerar solo aquellas bendiciones que cada uno posee en su propia persona? ¡Cuán grandes son, en primer lugar, los dones y facultades del cuerpo; tales como la belleza, la fuerza, la salud y el animado juego de los sentidos! A estos se añade, en el caso del varón, una mayor nobleza de sexo, que lo capacita para realizar muchas cosas tanto en la vida pública como en la privada, y para muchos espléndidos logros, a los cuales la mujer es ajena. Y si, por la gracia de Dios, disfrutas de estos excelentes dones durante diez, veinte o treinta años, y en

todo este tiempo soportas el sufrimiento durante unos pocos días de vez en cuando, ¿qué gran importancia tiene eso? Hay un proverbio entre los bribones, Es ist umb ein bosen stund zuthun, y, Ein gutt stund ist eyner posen werdt. ¿Qué se dirá de nosotros, que hemos visto tantas buenas horas, pero no estamos dispuestos a soportar el mal ni siquiera por una hora? Vemos, por lo tanto, cuántas bendiciones Dios derrama sobre nosotros y cuántos males apenas nos tocan. Esto es cierto al menos para la mayoría de nosotros.

Pero no contento con estas bendiciones, nuestro bondadoso Dios las aumenta con riquezas y abundancia de todas las cosas; si no en el caso de todos, ciertamente en el caso de muchos, y especialmente de aquellos que son demasiado frágiles para soportar el mal. Porque como dije antes, cuando concede menos dones y posesiones corporales, otorga mayores dones mentales; de modo que todas las cosas puedan ser iguales, y Él el justo Juez de todo. Porque una mente alegre es un consuelo mayor que muchas riquezas. Además, a algunos les concede descendencia, y, como dicen los hombres, el más alto placer, influencia, rango, honor, fama, gloria, favor y cosas por el estilo. Y si estos se disfrutaban durante mucho tiempo o incluso por un corto período, pronto enseñarán a los hombres cómo deben comportarse ante algún pequeño mal.

Pero más excelentes que todas estas son las bendiciones de la mente; tales como la razón, el conocimiento, el juicio, la elocuencia, la prudencia. Y, nuevamente, Dios modera la justicia de Su trato, de modo que cuando otorga más de estos dones a algunos hombres. No los prefiere por eso a otros, ya que a estos nuevamente les confiere una mayor paz y alegría mental. En todas estas cosas deberíamos marcar con gratitud la mano generosa de Dios y encontrar consuelo en nuestra debilidad. Porque no deberíamos sorprendernos si entre tantas y grandes bendiciones hay algo de amargura; ya que incluso para los epicúreos ninguna comida es sabrosa sin sal, ni escaso cualquier plato apetitoso que no tenga un cierto sabor amargo, ya sea natural o producido por sazonomiento. Tan intolerable es una dulzura continua y sin alivio, que se ha dicho con verdad: "Todo placer prolongado engendra disgusto"; y nuevamente, "El propio placer se convierte finalmente en repugnancia." Es decir, esta vida es incapaz de disfrutar solo de cosas buenas sin una moderación del mal, debido a la demasiada abundancia de cosas buenas, ha surgido también este proverbio, "Se necesitan huesos robustos para soportar los buenos días"; proverbio que he ponderado a menudo y admirado mucho por su excelente y verdadero sentido, a saber, que los deseos de los hombres son contrarios entre sí; buscan solo buenos días, y cuando estos llegan, son menos capaces de soportarlos que los malos días.

¿Qué quiere, entonces, Dios que tengamos en cuenta aquí, sino que la cruz es honrada incluso entre los enemigos de la cruz? Porque todas las cosas necesariamente deben ser moderadas y santificadas con los restos de la cruz, para que no se corrompan; así como la carne debe sazonzarse con sal, para que no engendre gusanos. Y ¿por qué no aceptamos con agrado esta moderación que Dios envía, y que, si Él no la enviara, nuestra propia vida, debilitada con placeres y bendiciones, exigiría por sí misma? Por eso vemos con qué verdad dice el Libro de la Sabiduría acerca de Dios: "Extiende su fuerza de un extremo al otro y dispone todas las cosas con dulzura." Y si examinamos estas bendiciones, se hará evidente la verdad de las palabras de Moisés, en Deuteronomio xxxii, "Lo llevó sobre sus hombros, lo guió y lo mantuvo como la niña de sus ojos." Con estas palabras podemos cerrar la boca de aquellos parlanchines ingratos que sostienen que en esta vida hay más mal que bien. Porque no falta bien y bendiciones dulces e interminables, pero faltan aquellos que están de la misma opinión que aquellos de quienes se dice en el Salmo LXXII, "Despreciaron la tierra deseable."

El ejemplo más hermoso e instructivo de esta imagen lo proporciona Job, quien cuando lo había perdido todo dijo. "¿Recibiremos el bien de la mano de Dios, y el mal no lo recibiremos?" Verdaderamente, esa es una frase dorada y un gran consuelo en la tentación. Porque Job no solo

sufrió, sino que fue tentado a impacientarse por su esposa, quien le dijo: "¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete." Como quien dice: "Es evidente que no es Dios quien te está abandonando así. Entonces, ¿por qué confías en él, y no más bien, renunciando a él, y así maldiciéndolo, te reconoces como un hombre mortal, para quien no queda nada después de esta vida?" Estas cosas y otras similares nos sugiere a cada uno de nosotros su esposa (es decir, su mente carnal) en tiempos de tentación; porque la mente carnal no saborea las cosas que son de Dios.

Pero todas estas son bendiciones corporales, y comunes a todos los hombres. Un cristiano tiene otras y mucho mejores bendiciones dentro de sí, a saber, la fe en Cristo; de la cual se dice en el Salmo cuarenta y cuatro, "Toda espléndida es la hija del rey por dentro; su vestidura es de oro labrado." Porque, como dijimos acerca del mal de la primera imagen, que ningún mal en un hombre puede ser tan grande como para ser el peor de los males dentro de él; así también la mayor de las bendiciones que están en el cristiano, él mismo no puede verlas. Si pudiera percibir las, inmediatamente estaría en el cielo; ya que el reino de los cielos, como dice Cristo, está dentro de nosotros. Porque tener fe es tener la Palabra y la verdad de Dios; y tener la Palabra de Dios es tener a Dios mismo, el Creador de todo. Si estas bendiciones, en toda su plenitud, se descubrieran al alma, de inmediato sería liberada del cuerpo, por la abundancia excesiva de dulce placer. Por lo tanto, de verdad, todas las otras bendiciones que hemos mencionado son solo como los avisos de aquellas bendiciones que tenemos dentro, y que Dios nos encomendaría por ellas. Porque esta vida nuestra no podría soportar que se revelaran, pero Dios misericordiosamente las mantiene ocultas, hasta que hayan alcanzado su plenitud. Del mismo modo, los padres amorosos dan a sus hijos pequeños juguetes tontos, para así llevarlos a buscar cosas mejores.

Sin embargo, estas bendiciones se muestran a veces, y salen a la luz, cuando la conciencia feliz se regocija en su confianza hacia Dios, está dispuesta a hablar de Él, escucha Su Palabra con placer y se apresura a servirle, a hacer el bien y a sufrir el mal. Todo esto son evidencias de esa bendición infinita e incomparable oculta dentro, que emite pequeñas gotas y arroyos diminutos. A veces, sin embargo, se revela más plenamente a las almas contemplativas, que entonces son arrebatadas por ello y no saben dónde están; como confesó San Agustín y su madre, y muchos otros.

CAPÍTULO II

LA SEGUNDA IMAGEN

LA BENDICIÓN FUTURA, O LA BENDICIÓN ANTE NOSOTROS

Aquellos que no son cristianos encontrarán poco consuelo, en medio de sus males, en la contemplación de las bendiciones futuras; ya que para ellos todas estas cosas son inciertas. Aunque aquí se hace mucho alboroto por esa famosa emoción llamada esperanza, mediante la cual nos exhortamos mutuamente, con palabras de consuelo humano, a esperar tiempos mejores y planear continuamente cosas mayores para el futuro incierto, siempre quedamos decepcionados. Así como Cristo enseña acerca del hombre en el Evangelio, Lucas xii, que dijo a su alma: "Derribaré mis graneros y edificaré otros mayores; y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios."

Sin embargo, Dios no ha abandonado completamente a los hijos de los hombres para que no les conceda cierta medida de consuelo en esta esperanza de la desaparición del mal y la llegada de cosas buenas. Aunque son inciertos del futuro, aún así esperan con esperanza cierta, y así son sostenidos mientras tanto, para que no caigan en el mal más profundo de la desesperación, y hagan algo peor. Por lo tanto, incluso este tipo de esperanza es un don de Dios; no porque Él quiera que se apoyen en ella, sino porque quiere dirigir su atención a esa esperanza firme, que está solo en Él. Porque es tan paciente que los lleva al arrepentimiento, como se dice en Romanos II, y no permite que nadie sea inmediatamente engañado por esta esperanza engañosa, con la esperanza de que puedan "volver al corazón" y llegar a la verdadera esperanza.

Pero los cristianos tienen, además de esta doble bendición, las más grandes bendiciones futuras esperándoles ciertamente; pero solo a través de la muerte y el sufrimiento. Aunque ellos también se regocijan en esa esperanza común e incierta de que el mal del presente llegará a su fin, y que su opuesto, la bendición, aumentará; aún así, eso no es su principal preocupación, sino más bien esto, que su propia bendición particular debería aumentar, que es la verdad tal como está en Cristo, en la cual crecen día a día, y por la cual viven y esperan. Pero además de esto, tienen, como he dicho, las dos mayores bendiciones futuras en su muerte. La primera, en que a través de la muerte se pone fin a toda la tragedia de los males de este mundo; como está escrito, "Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos"; y de nuevo, "Me acostaré en paz y dormiré"; y "Aunque los justos sean alcanzados por la muerte, tendrán descanso." Pero para los impíos, la muerte es el comienzo de los males; como se dice, "La muerte de los malvados es muy mala", y, "La maldad atraparà al hombre injusto hasta la destrucción." Así también Lázaro, quien recibió sus males en vida, es consolado, mientras el rico glotón es atormentado, porque recibió sus bienes aquí. Por lo tanto, siempre está bien con el cristiano, ya sea que muera o viva; tan bendita es ser cristiano y creer en Cristo. Por eso Pablo dice, "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia", y, en Romanos XIV, "Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos." Esta seguridad nos la ha ganado Cristo con su muerte y resurrección, para que sea Señor tanto de los vivos como de los muertos, capaz de mantenernos seguros en la vida y en la muerte; como dice el Salmo xxii, "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo." Si esta ganancia de la muerte nos mueve poco, es prueba de que nuestra fe en Cristo es débil, y no valora lo suficiente la recompensa y ganancia de una muerte bendita, o aún no cree que la muerte sea una bendición; porque el hombre viejo todavía está demasiado vivo en nosotros, y la sabiduría de la carne demasiado fuerte. Por lo tanto, debemos esforzarnos por alcanzar el conocimiento y el amor de esta bendición de la muerte. Es algo grande que la muerte, que para otros es el mayor de los males, se convierta para nosotros en la mayor ganancia. Y a menos que Cristo nos lo hubiera obtenido, ¿qué habría hecho Él que valiera el gran precio que pagó, es decir, Él mismo? Realmente es una obra divina que realizó, y nadie debe preguntarse, por lo tanto, que hiciera que el mal de la muerte fuera algo que es muy bueno.

Entonces, la muerte, para los creyentes, ya está muerta y no tiene nada terrible detrás de su máscara sonriente. Como una serpiente muerta, tiene de hecho su apariencia aterradora anterior, pero es solo la apariencia; en verdad, es un mal muerto, y bastante inofensivo. Más aún, como Dios mandó a Moisés levantar una serpiente de bronce, ante la cual perecieron las serpientes vivas, así también nuestra muerte muere en la contemplación creyente de la muerte de Cristo, y ahora tiene solo la apariencia externa de la muerte. Con tales finas similitudes, la misericordia de Dios nos prefigura, en nuestra debilidad, esta verdad, que aunque la muerte no sea eliminada, Él ha reducido su poder a una mera sombra. Por esta razón, en las Escrituras se le llama "sueño" en lugar de muerte (1° Tesalonicenses 4:13).

La otra bendición de la muerte es esta, que no solo concluye los dolores y males de esta vida, sino (lo que es más excelente) pone fin a los pecados y vicios. Y esto hace que la muerte sea mucho más deseable para las almas creyentes, como he dicho anteriormente, que la primera bendición; ya que los males del alma, que son sus pecados, son incomparablemente peores que los del cuerpo. Solo esto, si lo supiéramos, debería hacer que la muerte fuera muy deseable. Pero si no lo hace, es señal de que ni sentimos ni odiamos nuestro pecado como deberíamos. Porque nuestra vida está tan llena de peligros: el pecado, como una serpiente, acechándonos por todas partes, y nos es imposible vivir sin pecar; pero la hermosa muerte nos libera de estos peligros y corta nuestro pecado limpiamente de nosotros. Por lo tanto, la alabanza del justo, en Sabiduría IV, concluye de esta manera: "Pero los impíos, como dije, aunque vivan mucho, serán contados por pocos; y por eso su esperanza será cortada y su trabajo sin fruto". [Sabiduría. 4:10-14]

Así, por la misericordia de Dios, la muerte, que para el hombre era el castigo por su pecado, se convierte para el cristiano en el fin del pecado y el comienzo de la vida y la justicia. Por lo tanto, el que ama la vida y la justicia no debe odiar, sino amar el pecado, su ministro y taller; de lo contrario, nunca alcanzará ni la vida ni la justicia. Pero aquel que no pueda hacer esto, que ore a Dios para que le capacite. Porque para esto se nos enseña a orar, "Hágase tu voluntad", porque no podemos hacerlo por nosotros mismos, ya que por temor a la muerte amamos la muerte y el pecado en lugar de la vida y la justicia. Y que Dios designó la muerte para poner fin al pecado, también se puede inferir del hecho de que impuso la muerte a Adán inmediatamente después de su pecado; y que antes de expulsarlo del paraíso; para mostrarnos que la muerte no debería traernos ningún mal, sino todas las bendiciones, ya que se impuso en el paraíso, como penitencia y satisfacción. Porque es cierto que, a través de la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo; pero es de la bondad suprema del Señor que, después de haber entrado de esta manera, no se nos permite hacernos mucho daño, sino que es capturada desde el principio, y se establece como el castigo y la muerte del pecado.

Esto lo señaló cuando, después de haber en Su mandamiento anunciado la muerte de Adán, no se quedó callado, sino que impuso nuevamente la muerte y templó la severidad de Su mandamiento, no mencionó siquiera la muerte con una sola sílaba, sino que solo dijo: "Polvo eres, y al polvo volverás"; y, "Hasta que vuelvas al suelo, del cual fuiste tomado", como si entonces odiara tan amargamente la muerte que no se dignaría llamarla por su nombre, según la palabra: "Ira hay en su indignación; y vida en su buena voluntad." Así parecía decir que, a menos que la muerte hubiera sido necesaria para abolir el pecado, Él no habría estado dispuesto a conocerla ni a nombrarla, mucho menos a imponerla. Y así, contra el pecado, que obraba la muerte, el celo de Dios no arma otro que esta misma muerte de nuevo; para que aquí puedas ver ejemplificado el verso del poeta:

"Por su propia arte perece el artista".

Así también el pecado es destruido por su propio fruto, y es muerto por la muerte que engendró; como una víbora es muerta por su propia ofrenda. Este es un espectáculo valiente, ver cómo la muerte es destruida, no por la obra de otro, sino por la suya propia; es apuñalada con su propia arma y, como Goliat, es decapitada con su propia espada. Pues Goliat también fue un tipo de pecado, un gigante terrible para todos salvo para el joven David, que es Cristo, quien con una sola mano lo derribó y, habiendo cortado su cabeza con su propia espada, luego dijo que no había mejor espada que la espada de Goliat.

Por lo tanto, si meditamos sobre estas alegrías del poder de Cristo y estos dones de Su gracia, ¿cómo puede molestarnos algún pequeño mal, mientras vemos tales bendiciones en este gran mal que está por venir?

CAPÍTULO III

LA TERCERA IMAGEN

LA BENDICIÓN PASADA, O LA BENDICIÓN DETRÁS DE NOSOTROS

La consideración de esta imagen no es difícil, en vista de su contraparte, de los males pasados; sin embargo, queremos ayudar a quien la emprenda. Aquí san Agustín se muestra como un excelente maestro, en sus Confesiones, en las que hace una hermosa recapitulación de los beneficios de Dios hacia él desde el vientre de su madre. Lo mismo se hace en el hermoso Salmo CXXXVII, "Señor, tú me examinas", donde el salmista, maravillado entre otras cosas por la bondad de Dios hacia él, dice: "Tú has escudriñado mi corazón; me has conocido. Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto; aun a la distancia me lees el pensamiento". Lo cual es como si dijera: "Todo lo que he pensado o hecho, todo lo que alcanzaré y poseeré, veo ahora que no es resultado de mi esfuerzo, sino que fue ordenado hace mucho tiempo por tu cuidado. 'Tú estás al tanto de todo lo que pienso; no te necesito decir nada.'" ¿Dónde está entonces? En tu poder.

Aprendemos esto de nuestra propia experiencia. Porque si reflexionamos sobre nuestra vida pasada, ¿no es una maravilla que pensáramos, deseáramos, hiciéramos y dijéramos lo que no éramos capaces de prever? ¡Cuán diferente habría sido nuestro curso, si se nos hubiera dejado a nuestra libre voluntad! Ahora solo lo entendemos, y vemos cómo la atención y providencia de Dios estaban constantemente sobre nosotros, de modo que no podíamos pensar, hablar ni querer nada excepto lo que Él nos permitía. Como se dice en la Sabiduría vii: "En sus manos están nuestras palabras y las nuestras". Y por Pablo: "Dios obra en todos" Oh, ¿no deberíamos, insensatos y de corazón duro, golpear nuestras cabezas avergonzados, cuando aprendemos de nuestra propia experiencia cómo nuestro Señor ha cuidado de nosotros hasta esta hora, y nos ha dado toda bendición? ¡Y sin embargo, no podemos confiar nuestra preocupación a Él en un pequeño mal presente, y actuar como si nos hubiera abandonado, o pudiera abandonarnos alguna vez! No así el salmista, en el Salmo XXXIV: "Yo soy pobre y necesitado; pero el Señor cuida de mí." Sobre esto, san Agustín comenta: "Deja que Él cuide de ti, Quien te hizo. Aquel que cuidó de ti antes de que fueras, ¿cómo no habrá de cuidar de ti ahora que eres lo que Él quiso que fueras?" Pero nosotros compartimos el reino con Dios; le concedemos (y aún así, de mala gana) que nos hizo, pero nos arrogamos el cuidado sobre nosotros mismos; como si Él nos hubiera hecho, y luego se hubiera marchado inmediatamente, y dejado el gobierno de nosotros mismos en nuestras manos.

Pero si nuestra sabiduría y previsión nos ciegan para el cuidado que Dios tiene sobre nosotros, porque quizás muchas cosas han salido según nuestros planes, volvamos de nuevo, con el Salmo CXXXVIII, y miremos hacia adentro. "Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre. ¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien! Mis huesos no te fueron desconocidos cuando en lo más recóndito era yo formado en secreto, cuando en lo más profundo de la tierra era yo entretejido. Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación; todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos". ¿Qué intenta el salmista con tales palabras sino mostrarnos, a través de esta maravillosa ilustración, cómo Dios siempre ha cuidado de nosotros sin nuestra ayuda? Porque, ¿quién puede jactarse de haber tomado parte en su formación en el vientre? ¿Quién dio a nuestra

madre ese amoroso cuidado con el que nos alimentaba, acariciaba y cuidaba, y cumplía con todos esos deberes de maternidad, cuando aún no teníamos conciencia de nuestra vida, y cuando ni sabríamos ni recordaríamos estas cosas, sino que, al ver las mismas cosas hechas a otros, creemos que también se hicieron por nosotros? Porque se llevaron a cabo en nosotros como si estuviéramos dormidos, más bien muertos, o más bien aún no nacidos, en lo que respecta a nuestro conocimiento de ellas.

Así vemos cómo las misericordias divinas y las consolaciones nos sostienen, sin que hagamos nada. Y aún así dudamos, o incluso desesperamos, de que Él esté cuidando de nosotros hoy. Si esta experiencia no instruye y conmueve a alguien, no sé qué lo hará. Porque se nos muestra una y otra vez, en cada niño que encontramos; de modo que tantos ejemplos propuestos a nuestra necedad y dureza de corazón bien pueden llenarnos de profunda vergüenza, si dudamos de que la más mínima bendición o mal pueda venir a nosotros sin el cuidado particular de Dios. Así dice san Pedro: "Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros." Y el Salmo XXXVI: "Encomienda al Señor tu camino; confía en él, y él actuará." Y san Agustín, en las Confesiones, se dirige así a su alma: "¿Por qué estás tan preocupada contigo misma, y no estás tranquila? Confía en él, porque no te dejará caer." De nuevo, leemos en 1 Pedro IV: "Por lo tanto, los que sufren según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan lo que es correcto."

¡Oh, si un hombre pudiera alcanzar tal conocimiento de su Dios, qué seguro, qué tranquilo, qué gozoso sería su camino! En verdad tendría a Dios de su lado, sabiendo con certeza que todas sus fortunas, cualesquiera que fueran, le habían llegado, y aún seguían llegando, bajo la guía de Su voluntad más dulce. La palabra de Pedro permanece firme: "Él tiene cuidado de vosotros". ¡Qué sonido más dulce que esta palabra podemos escuchar! Por lo tanto, él dice: "Echad toda vuestra ansiedad sobre él". Si no hacemos esto, sino que más bien tomamos nuestra ansiedad sobre nosotros mismos, ¿qué es esto sino intentar obstaculizar el cuidado de Dios, y además, hacer de nuestra vida una vida de tristeza y trabajo, llena de muchos temores y preocupaciones y mucha inquietud! ¡Y todo en vano! Pues no logramos nada bueno con ello, sino que, como dice el Predicador, es vanidad de vanidades y aflicción del espíritu. De hecho, todo ese libro trata de esta experiencia, como escrito por alguien que por sí mismo experimentó muchas cosas, y encontró que todas eran solo cansancio, vanidad y aflicción del espíritu, de modo que concluye que es un don de Dios que un hombre pueda comer y beber y vivir gozosamente con su esposa, es decir, cuando pasa sus días sin ansiedad, y confía su cuidado a Dios. Por lo tanto, no debemos tener ninguna otra preocupación por nosotros mismos que esta, a saber, no preocuparnos por nosotros mismos, y privar a Dios de Su cuidado por nosotros.

Todo lo que queda por decir, se podrá deducir fácilmente de la imagen correspondiente de los males, como he dicho, y de la contemplación de la propia vida pasada.

CAPÍTULO IV

LA CUARTA IMAGEN

LA BENDICIÓN INFERIOR, O LA BENDICIÓN DEBAJO DE NOSOTROS

Hasta ahora hemos considerado las bendiciones que son nuestras y se encuentran dentro de nosotros; ahora volvamos nuestra atención a aquellas bendiciones que están fuera de nosotros y se encuentran en otros. La primera de estas se encuentra en aquellos que están debajo de nosotros, es decir, los muertos y condenados. ¿Te preguntas qué tipo de bendición se puede descubrir en los

muerdos y condenados? Pero el poder de la bondad divina es tan grande que nos concede descubrir bendiciones incluso en los mayores males. Al comparar, entonces, a estos pobres desgraciados, primero que todo, con nosotros mismos, vemos cuán inefable es nuestra ganancia; como se puede deducir de la imagen correspondiente de los males. Por tan grandes que sean los males de la muerte y el infierno que vemos en ellos, igualmente grandes son las ganancias que vemos en nosotros. Estas cosas no deben ser pasadas por alto ligeramente, pues nos recomiendan enérgicamente la magnífica misericordia de Dios. Y corremos el peligro, si las menospreciamos, de ser hallados ingratos, y de ser condenados junto con estos hombres, y aún más cruelmente atormentados. Por lo tanto, cuando percibimos cómo sufren y gimen en voz alta, debemos regocijarnos tanto más en la bondad de Dios hacia nosotros; según Isaías LXV: "He aquí que mis siervos comerán, pero vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, pero vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se alegrarán, pero vosotros seréis avergonzados; he aquí que mis siervos cantarán con gozo de corazón, pero vosotros clamaréis por dolor de corazón; y aullaréis por vexación⁵ de espíritu. Y dejaréis vuestro nombre para maldición a mis escogidos". En resumen, como he dicho, los ejemplos de aquellos que mueren en sus pecados y son condenados nos son provechosos para la advertencia y la instrucción, como también observa San Gregorio en sus Diálogos; por lo que

Felices son aquellos que ganan precaución
De aquello que causó el dolor de otro.

Esta bendición, de hecho, nos afecta poco, porque es tan común y conocida; sin embargo, debe ser clasificada entre las más altas bendiciones, y es un consuelo de ningún valor insignificante para aquellos que tienen un corazón comprensivo; y son numerosos los pasajes de las Escrituras que hablan sobre ello, aquellos, es decir, que tratan sobre la ira, los juicios y las amenazas de Dios. Estas enseñanzas muy saludables nos son confirmadas por los ejemplos de esos desdichados hombres; y sus ejemplos solo tienen efecto en nosotros cuando nos identificamos con los sentimientos de aquellos que soportan tales cosas, y nos ponemos, por así decirlo, en su lugar mismo. Entonces nos conmoverán y nos advertirán para alabar la bondad de Dios, quien nos ha preservado de esos males.

Pero también comparemos a estos con Dios, para que podamos ver la justicia divina en su caso. Aunque esta es una tarea difícil, aún debe intentarse. Ahora bien, dado que Dios es un Juez justo, debemos amar y alabar Su justicia, y así regocijarnos en nuestro Dios, incluso cuando Él destruye miserablemente a los malvados, en cuerpo y alma; porque en todo esto resplandece Su alta e inefable justicia. Y así, incluso el infierno, no menos que el cielo, está lleno de Dios y del bien supremo. Porque la justicia de Dios es Dios mismo; y Dios es el bien supremo. Por lo tanto, así como Su misericordia, así también Su justicia o juicio deben ser amados, alabados y glorificados por encima de todas las cosas. En este sentido, David dice: "Se alegrará el justo cuando vea la venganza; lavará sus pies en la sangre del impío." [Salmo 58:10] Fue por esta razón que el Señor prohibió a Samuel que llorara más por Saúl (1° Samuel XVI), diciendo: "¿Hasta cuándo vas a llorar por Saúl, viendo que lo he rechazado para que no reine sobre Israel?" [1° Samuel 16:1] Como quien dice: "¿Mi voluntad te desagrada tanto que prefieres la voluntad del hombre a la Mía?" En resumen, esta es la voz de alabanza y alegría que resuena en todo el Salterio: que el Señor es el juez de la viuda y el padre de los huérfanos; que mantendrá la causa de los afligidos y el derecho de los pobres; que todos sus enemigos serán confundidos y los impíos perecerán; [Salmo 68:5, 149:12] y

⁵ "Vexación" se refiere a una sensación de molestia, incomodidad o irritación causada por una situación o un problema. Es un estado de agitación o malestar emocional. (Nota del traductor).

muchas otras expresiones similares. Si alguien está inclinado, por una compasión necia, a sentir lástima por esa generación sanguinaria, que mata a los profetas, sí, al Hijo de Dios mismo, y por la compañía de hombres malvados, se encontrará regocijándose en su iniquidad y aprobando sus acciones. Tal persona merece perecer de la misma manera que aquellos cuyos pecados él condonaría, y escuchará la palabra: "Amas a tus enemigos y odias a tus amigos." [2 Samuel 19:6] Porque así le dijo Joab a David, cuando se afligió demasiado por su impío e homicida hijo.

Por lo tanto, en esta imagen, debemos regocijarnos en la piedad de todos los santos y en la justicia de Dios que castiga justamente a los perseguidores de su piedad, para liberar a sus elegidos de sus manos. Y así podrás ver no pequeñas bendiciones, sino las más grandes, brillando en los muertos y condenados; incluso la venganza de las injurias de los santos, y también las tuyas, si eres justo con ellos. ¿Qué maravilla, entonces, si Dios, por medio de tu mal presente, también tomara venganza sobre tu enemigo, es decir, el pecado en tu cuerpo? Más bien deberías alegrarte en esta obra de la alta justicia de Dios, que, incluso sin tu oración, está matando y destruyendo a tu enemigo más feroz, es decir, el pecado que está dentro de ti. Pero, si sientes lástima por él, serás considerado amigo del pecado y enemigo de la justicia que obra en ti. Cuídate de esto; no sea que también se te diga: "Amas a tus enemigos y odias a tus amigos". Por lo tanto, así como debes consentir con alegría a la justicia de Dios cuando se enfurece contra tu pecado, también debes hacer lo mismo cuando se enfurece contra los pecadores, esos enemigos de todos los hombres y de Dios. Ves, entonces, que en los mayores males pueden encontrarse las mayores bendiciones, y que podemos regocijarnos en estos males, no por los males en sí mismos, sino por la suprema bondad de la justicia de Dios nuestro Vengador.

CAPÍTULO V

LA QUINTA IMAGEN

LA BENDICIÓN EN NUESTRA MANO IZQUIERDA

Aquí están nuestros adversarios que aún están en esta vida; pues en la imagen anterior consideramos a aquellos que ya están condenados y entregados a los demonios. A éstos debemos mirar con otros sentimientos y encontrar en ellos una doble bendición. La primera es esta, que ellos abundan en bienes temporales, de modo que incluso los profetas casi fueron movidos a la envidia por ello; como leemos en el Salmo LXII, "Mis pies casi resbalaron, y por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de los impíos" [Sal. 73:2-3]; y de nuevo, "He aquí, estos son los impíos, que siempre están tranquilos y aumentan sus riquezas" [Sal. 73:12]. Y Jeremías dice: "Justo eres tú, oh Jehová, para cuando yo contienda contigo; sin embargo, he de hablar contigo de tus juicios. ¿Por qué prospera el camino de los impíos, y están en paz todos los que obran con perfidia?" [Jer. 12:1] ¿Por qué Él prodiga y desperdicia tantas bendiciones sobre ellos sino para consolarnos con ello, y hacernos saber qué tan bueno es Él para "los de limpio corazón", como se dice en ese mismo Salmo LXXIII? Si Él es tan bueno con los impíos, ¿cuánto más no lo será con los buenos? [Sal. 73:1] Excepto que no aflige a los impíos con ningún mal, sino que aflige a los buenos con muchos males, para que reconozcan Su bondad no solo en las bendiciones presentes, sino también en las que están ocultas y aún por venir, y para que puedan decir, con el mismo salmista, "Pero yo, ¡qué bueno es estar cerca de Dios! He hecho del Señor mi refugio" [Sal. 73:28], lo cual es como si dijera: Aunque sufro ciertas cosas, de las cuales veo que esos hombres están libres, sin embargo, confío en que Dios es mucho más bueno conmigo que con ellos. Así que las bendiciones que vemos que disfrutaban los impíos se convierten para

nosotros en un estímulo para esperar esas bendiciones que no se ven, y para despreciar los males que sufrimos. Así como Cristo, en Mateo VI, nos ordena contemplar las aves del cielo y los lirios del campo, diciendo: "¿No valen más ustedes que las aves? ¿Y qué podrán añadir a su vida, ustedes, que tienen tan poca fe?... Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy existe y mañana se quema en el horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe?" [Mat. 6:26-30]. Por lo tanto, mediante esta comparación de las bendiciones en las que abundan los impíos con los males que sufrimos, se ejercita nuestra fe, y nuestra consolación se deposita únicamente en Dios, que es la única consolación santa. Así Él hace que todas las cosas cooperen para bien de sus santos [Rom. 8:28].

La otra bendición, que es más maravillosa, es que los males de nuestros adversarios se convierten en bendiciones para nosotros, bajo la providencia de Dios. Porque aunque sus pecados son un tropiezo para los débiles, para los fuertes son un ejercicio de virtud y una oportunidad para el conflicto y la acumulación de mérito mayor. Porque "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida." [Stg. 1:12] ¿Qué tentación mayor puede haber que una multitud de malos ejemplos? Por esta razón, de hecho, el mundo es llamado uno de los enemigos de los santos de Dios, porque con sus atracciones y obras impías nos incita, provoca y nos seduce del camino de Dios a su propio camino. Como leemos en Génesis VI, "Y vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que les gustaban." [Gén. 6:2,3] Y en Números XXV, "Entonces comenzó Israel a fornicar con las hijas de Moab." [Num. 25:1] Así que es bueno para nosotros estar siempre oprimidos con algún problema u otro, para que no tropecemos, en nuestra debilidad, con las ofensas del mundo y caigamos en el pecado. Así es alabado Lot por Pedro, en II Pedro II, porque sufrió muchas cosas a causa del mal ejemplo del pueblo de Sodoma, de modo que hizo progreso en su justicia. [2 Pe. 2:8] Es necesario que vengan estas ofensas, que nos proporcionan una ocasión para el conflicto y para la victoria; ¡pero ay del mundo por las ofensas! [Mat. 18:7] Pero si Dios nos proporciona tales grandes bendiciones en los pecados de otros, ¿no deberíamos creer con todo nuestro corazón que Él obrará para nosotros bendiciones mucho mayores en nuestros propios problemas; aunque nuestra carne y nuestra sangre lo juzguen de otra manera!

Tampoco el mundo nos otorga una bendición menor desde otro lado de sus males; a saber, sus adversidades. Pues, cuando no puede devorarnos con sus atracciones y, a través de sus ofensas, hacer que nos fusionemos con él, se esfuerza a través de sufrimientos por expulsarnos, y mediante dolores por arrojarnos fuera; siempre tendiéndonos trampas con el ejemplo de sus pecados, o bien visitando su furia sobre nosotros a través del tormento de sus dolores. Este es verdaderamente ese monstruo fabulado, Quimera, con cabeza de doncella, seductora, cuerpo de león, cruel, y cola de serpiente, mortal. Pues el fin del mundo, tanto de sus placeres como de su tiranía, es veneno y muerte eterna. Por lo tanto, así como Dios nos permite encontrar nuestras bendiciones en los pecados del mundo, también sus persecuciones, para que no permanezcan infructuosas y en vano, nos son designadas para aumentar nuestras bendiciones; de modo que las mismas cosas que nos causan daño se convierten en nuestro beneficio. Como dice San Agustín, sobre los inocentes asesinados por Herodes, "Nunca pudo haberles hecho tanto bien con su favor como lo hizo con su odio." Y Santa Águeda, la bendita mártir, fue a la cárcel como a una cámara de banquetes; "porque", dijo ella, "a menos que hagas que mi cuerpo sea bien roto por tus verdugos, mi alma no podrá entrar al paraíso, llevando la palma de la victoria; así como un grano de trigo, a menos que sea despojado de su cáscara, y bien golpeado en el suelo de la era, no es recogido en el granero".

Pero ¿por qué perder palabras aquí, cuando vemos que toda la Escritura, los escritos y dichos de todos los Padres, y las vidas y actos de todos los santos, coinciden en este asunto; a saber, que aquellos que causan más daño a los creyentes son sus mayores benefactores, si solo los soportamos con el espíritu correcto? Como dice San Pedro, "¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si seguís lo que es bueno?" [1 Pe. 3:13] Y el Salmo LXXXVIII, "El enemigo no lo sorprenderá; ni el hijo de la maldad lo afligirá." [Sal. 89:22] ¿Cómo es que no nos hará daño, cuando a menudo incluso nos mata? Porque, en verdad, al hacernos daño, nos está brindando la mayor ganancia. [Rom. 8:36] Así nos encontramos en todos los sentidos habitando en medio de bendiciones, si somos sabios, y al mismo tiempo, también en medio de males. De manera tan maravillosa están todas las cosas temperadas bajo el dominio de la bondad de Dios.

CAPÍTULO VI LA SEXTA IMAGEN LA BENDICIÓN EN NUESTRA MANO DERECHA

Esta es la Iglesia de los santos, la nueva creación de Dios, nuestros hermanos y amigos, en quienes no vemos más que bendición, no más que consuelo; no, ciertamente, siempre con los ojos de la carne (con los cuales parecerían pertenecer más bien bajo la imagen correspondiente de los males), sino con los ojos del espíritu. Sin embargo, no debemos despreciar ni siquiera esas bendiciones tuyas que pueden ser vistas, sino más bien aprender de ellas cómo Dios nos consolaría. Porque ni siquiera el salmista se atrevió, en el Salmo LXXII, a condenar a todos aquellos que acumulan riquezas en este mundo, sino que dijo: "Si yo dijere: Así hablaré; he aquí, ofendería a la generación de tus hijos." [Sal. 73:15] Es decir, si yo llamara a todos los hombres impíos que poseen riquezas, salud y honor, estaría condenando incluso a tus santos, de los cuales hay muchos así. Pablo también instruye a Timoteo para que advierta a los que son ricos en este mundo, que no sean altivos; pero no les prohíbe ser ricos. Y Abraham, Isaac y Jacob fueron hombres ricos, como registran las Escrituras. Daniel, también, y sus compañeros fueron elevados a honor incluso en Babilonia. [Dan. 2:48 ss.] Además, muchos de los reyes de Judá fueron hombres santos. Es respecto a tales personas que el salmista dice: "Si yo dijere: Así hablaré; he aquí, ofendería a la generación de tus hijos." [Sal. 73:15] Dios da, incluso a su pueblo, una abundancia de estas bendiciones, para su propio consuelo y el consuelo de otros. Sin embargo, estas cosas no son sus bendiciones propias, sino solo sombras y emblemas de sus verdaderas bendiciones, que consisten en fe, esperanza, amor y otros dones y gracias, que el amor comunica a todos.

Esta es la comunión de los santos, en la cual nos gloriamos. ¿Y qué corazón no se elevará, incluso en medio de grandes males, cuando cree en aquello que es realmente la verdad; a saber, que las bendiciones de todos los santos son sus bendiciones, y que su mal también es de ellos! Porque esta es la dulce y placentera imagen que el apóstol Pablo describe, en Gálatas VI, "Llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo." [Gál. 6:21] ¿No es una bendición estar en una compañía en la cual, "si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él"? [1 Cor. 12:26], como se dice en I Corintios VI. Por lo tanto, cuando sufro, no sufro solo, sino que Cristo y todos los cristianos sufren conmigo; como Él dice: "El que os toca, toca la niña de mi ojo." [Zac. 2:8] Así que otros llevan mi carga, y su fuerza se convierte en la mía. La fe de la Iglesia sostiene mi temor, la castidad de otros soporta las tentaciones de mi carne, los ayunos de otros son mi ganancia, la oración de otro intercede por mí. En resumen, los miembros tienen tal cuidado unos por otros, que las partes hermosas cubren, sirven y honran a las menos hermosas; como se expresa bellamente en 1º

Corintios VI. otros como si fueran más; y realmente son más cuando encuentro gozo y placer en ellas. Permíteme, entonces, ser vil y despreciable; sin embargo, aquellos a quienes amo y admiro son bellos y hermosos. Y por mi amor, no solo hago más sus bendiciones, sino también ellos mismos; de modo que por su honor mi vergüenza se vuelve honorable, por su abundancia mi pobreza se llena, por sus méritos mis pecados son sanados. ¿Quién, entonces, podría desesperar en sus pecados? ¿Quién no se regocijaría en sus dolores? Porque no es él quien lleva sus pecados y dolores; o si los lleva, no los lleva solo, sino que es asistido por tantos hijos santos de Dios, sí, incluso por Cristo mismo. Tan grande es la comunión de los santos, y la Iglesia de Cristo.

Si alguien no cree esto, es un incrédulo y ha negado a Cristo y a la Iglesia. Porque aunque no se perciba, es verdad; pero ¿quién podría dejar de percibirlo? ¿Por qué no caes en la desesperación o te impacientas? ¿Es por tu fuerza? No: es por la comunión de los santos. De lo contrario, no podrías soportar ni siquiera un pecado venial, ni resistir una palabra del hombre en tu contra. Tan cerca están de ti Cristo y la Iglesia. Esto es lo que confesamos en el Credo, "Creo en el Espíritu Santo; la santa Iglesia católica". ¿Qué significa creer en la santa Iglesia sino creer en la comunión de los santos? Pero ¿qué cosas tienen en común los santos? Bendiciones, ciertamente, y males; todas las cosas pertenecen a todos; como lo significa el Sacramento del Altar, en el pan y el vino, donde todos somos dichos por el Apóstol ser un cuerpo, un pan, una copa. Porque ¿quién puede dañar alguna parte del cuerpo sin dañar el cuerpo entero? ¿Qué dolor podemos sentir en la punta del dedo del pie que no se sienta en todo el cuerpo? ¿O qué honor se puede mostrar a los pies en el que no se regocije todo el cuerpo? Pero somos un solo cuerpo. Lo que otro sufre, eso sufro y llevo; lo que le acontece de bien, me acontece a mí. Así Cristo dice que todo lo que se hace a uno de sus hermanos más pequeños, se hace a Él. Si un hombre participa del fragmento más pequeño del pan del altar, ¿no se dice que ha participado del pan? Si desprecia una migaja de él, ¿no se dice que ha despreciado el pan?

Cuando, por lo tanto, sintamos dolor, cuando suframos, cuando muramos, volvamos aquí nuestros ojos y creamos firmemente y estemos seguros de que no somos nosotros, o solo nosotros, sino que Cristo y la Iglesia están sufriendo con nosotros. Porque Cristo no quería que fuéramos solos al valle de la muerte, del cual todos los hombres se encogen de miedo; sino que emprendemos el camino del dolor y la muerte acompañados por toda la Iglesia, y la Iglesia soporta todo el peso. Por lo tanto, podemos aplicarnos con verdad las palabras de Eliseo, que dijo a su siervo temeroso: "No temas, porque los que están con nosotros son más que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Señor, te ruego, abre sus ojos para que vea. Y el Señor abrió los ojos del joven; y vio: y he aquí, el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo." [2 Reyes 6:16 ss.] Esto es lo que también nos queda; es decir, orar para que nuestros ojos sean abiertos (me refiero a los ojos de nuestra fe), para que veamos la Iglesia a nuestro alrededor. Entonces no habrá nada que temer; como también se dice en el Salmo 124, "Los montes la rodean: así Jehová está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre". [Sal. 125:2].

CAPÍTULO VII

LA SÉPTIMA IMAGEN

LA BENDICIÓN SUPERNAL, O LA BENDICIÓN SOBRE NOSOTROS

No hablo ahora de las bendiciones eternas del Cielo, que los bienaventurados disfrutaban en la visión perfecta de Dios; o mejor dicho, sí hablo de ellas en la fe, y en tanto como algunas están dentro de nuestra comprensión. Porque esta séptima imagen es Jesucristo, el Rey de gloria, resucitando de entre los muertos; así como, en Su Pasión y muerte, Él formó la séptima imagen de

los males. Aquí no hay nada de mal; pues "Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no tiene más dominio sobre él." Aquí está ese horno de amor y fuego de Dios en Sion; como dice Isaías. Porque Cristo no solo nació para nosotros, sino que también se nos dio. Por lo tanto, Su resurrección, y todo lo que Él obró por ella, son míos, y, como se regocija el Apóstol en un gozo exuberante, "¿cómo no nos ha dado también, con Él, todas las cosas?" ¿Pero qué es lo que Él obró por Su resurrección? Pues, Él destruyó el pecado y trajo a la luz la justicia, abolió la muerte y restauró la vida, conquistó el infierno y nos otorgó la gloria eterna. Estas son bendiciones de un valor inestimable que la mente humana apenas se atreve a creer que son nuestras; como sucedió con Jacob, en Génesis XIV, quien, cuando oyó que su hijo José gobernaba en Egipto, parecía como despertado de un profundo sueño, y no lo creyó, hasta que, después de decirle todas las palabras de José, le mostraron los carros que José había enviado. Tan difícil sería para nosotros creer que en Cristo se nos han conferido tales grandes bendiciones a nosotros, criaturas indignas, si Él no nos enseñara a creerlo, con muchas palabras y por la evidencia de nuestra propia experiencia; así como se manifestó a sí mismo a sus discípulos en diversas apariciones. Tales son nuestros "carros de José". Esto es verdaderamente un carro sumamente piadoso, que Él es hecho para nosotros por Dios justicia, santificación, redención y sabiduría; como dice el Apóstol en 1º Corintios I. Porque, yo soy un pecador; sin embargo, estoy envuelto en Su justicia, que me es dada. Soy impuro; pero Su santidad es mi santificación, en la que me deleito placenteramente. Soy un necio ignorante; pero Su sabiduría me lleva adelante. He merecido condenación; pero soy liberado por Su redención, un carro en el que me siento seguro. Así que un cristiano, si tan solo lo cree, puede jactarse de los méritos de Cristo y todas Sus bendiciones, incluso como si las hubiera ganado todas él mismo. Tan verdaderamente son tuyas, que incluso puede atreverse a mirar audazmente hacia adelante al juicio de Dios, aunque sea insoportable. Tan grande es la fe, nos trae tales bendiciones, nos hace tales hijos gloriosos de Dios. Porque no podemos ser hijos sin heredar los bienes de nuestro Padre. Deje entonces el cristiano decir, con plena confianza: "Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo." Es decir, la ley nos hace pecadores, y el pecado nos hace culpables de muerte. ¿Quién ha conquistado estos dos? ¿Fue nuestra justicia, o nuestra vida? No: fue Jesucristo, resucitando de entre los muertos, condenando el pecado y la muerte, otorgándonos Sus méritos y sosteniendo Su mano sobre nosotros. Y ahora estamos bien, guardamos la ley, y vencemos al pecado y la muerte. Por todo lo cual sea honor, alabanza y acción de gracias a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Esta, entonces, es la imagen más elevada de todas, en la cual somos elevados, no solo por encima de nuestros males, sino también por encima de nuestras bendiciones, y nos encontramos entre extrañas bendiciones, reunidas por el trabajo de otro; mientras que anteriormente nos hallábamos entre males, acumulados por el pecado de otro, y aumentados por el nuestro. Estamos, digo, establecidos en la justicia de Cristo, con la cual Él mismo es justo; porque nos aferramos a esa justicia por la cual Él es bien agradable a Dios, intercede por nosotros como nuestro Mediador, y se entrega por completo para ser nuestro, como nuestro Sumo Sacerdote y Protector. Por lo tanto, así como es imposible que Cristo, con su justicia, no agrade a Dios, también es imposible que no le agrademos. De ahí que un cristiano sea todopoderoso, señor de todo, teniendo todas las cosas y haciendo todas las cosas, completamente sin pecado. Y aunque tenga pecados, de ninguna manera pueden perjudicarlo, sino que son perdonados por el bien de la inagotable justicia de Cristo, que engulle todos los pecados, en la que nuestra fe se apoya firmemente, confiando firmemente en que Él es tal Cristo para nosotros como hemos descrito. Pero si alguien no cree esto, escucha el relato

con oídos sordos, y no conoce a Cristo, ni entiende qué bendiciones tiene ni cómo pueden ser disfrutadas.

Por lo tanto, si lo consideráramos correctamente y con corazones atentos, esta imagen sola sería suficiente para llenarnos de un consuelo tan grande que no solo no nos afligiríamos por nuestros males, sino que incluso glorificaríamos en nuestras tribulaciones, apenas las sentiríamos, por la alegría que tenemos en Cristo. En la cual gloria puede Cristo mismo instruirnos, nuestro Señor y Dios, bendito por siempre. Amén.

EPÍLOGO

Con estas charlas mías, Altísimo Príncipe, en señal de mi disposición a servir a vuestra Señoría lo mejor que pueda con mi escasa habilidad, me encomiendo a vuestra Ilustre Señoría, estando dispuesto a presentar una ofrenda más digna, si alguna vez mis facultades mentales igualan mis deseos. Porque siempre seguiré siendo deudor de cada vecino mío, pero sobre todo de vuestra Señoría, a quien nuestro Señor Jesucristo, en su bondadosa misericordia, nos preserve durante mucho tiempo, y finalmente nos lleve consigo en una muerte bendita. Amén.

De vuestra Ilustre Señoría
Intercesor,
Hermano Martín Lutero,
Agustino en Wittenberg.

**Se finalizó el trabajo de traducción desde el idioma inglés por
Andrés San Martín Arrizaga.
Temuco, Chile, 14 de febrero de 2024.**

www.escriturayverdad.cl